

# La politización de la historia y sus peligros

Pierre Nora

Hasta hace poco –a grandes rasgos, hasta la segunda mitad del siglo XIX– la historia siempre había sido una actividad política en el sentido amplio del término: mitos de origen, relatos de fundación y legitimación, genealogías celebradoras, modelos de vida y lecciones de conducta para las grandes figuras. Solo la ambición de convertirse en una ciencia hizo de la historia una actividad autónoma, profesional, basada en un método de análisis crítico de los documentos, y estrechamente vinculada a una enseñanza, cuyo primer deber era, como todo el mundo sabe, hacer comprender y amar a la patria. Esto es, significaba escribir el famoso «relato nacional» [*roman national*] una expresión que generosamente me atribuyen haber inventado o popularizado y que hace aguas por todas partes.

En los últimos treinta años, hay un fenómeno generalizado que conviene destacar: la evolución que, de manera insidiosa pero radical, ha dado lugar a lo que podríamos llamar una *politización general de la historia*, de estilo muy diferente.

Por esta expresión no debe entenderse un feroz politización de los propios historiadores, sino una inevitable ideologización de su producción, una ideologización del mundo en el que trabajan los historiadores y con el que han de tratar, al igual que en el pasado tuvieron que hacer frente al descubrimiento de su propia historicidad.

Esto es debido al hecho de que la historia más reciente ha pasado al primer plano. Este es un fenómeno muy nuevo, que data de finales de 1970. Es difícil imaginar que, antes de esa fecha, las universidades no permitían redactar una tesis sobre un tema que fuera posterior a 1918. Hoy en día ocurre lo contrario. Las grandes conmociones y revueltas del siglo pasado exigen un análisis histórico, una explicación de lo que hemos visto, vivido, de aquello en lo que nosotros mismos, o nuestros próximos, hemos estado involucrados. En determinados lugares, esos trastornos han estado vinculados al totalitarismo, en otros, a la independencia de los países coloniales y, por doquier, a la acelerada transformación general de las condiciones de vida. Si tomamos el caso de Francia, al debilitamiento de los referentes tradicionales del Estado y la nación, algo que no

ha cesado desde el colapso de 1940. ¿Cómo no iban a suscitar el interés de los historiadores la guerra, Vichy, el Holocausto, la Guerra Fría, la confrontación del nazismo y el comunismo, el gaullismo y todo lo demás? ¿Cómo podían interesar *solamente* a los historiadores? Toda esa historia se ha convertido en una área sensible, y sensible para todos.

Tal vez no hemos comprendido las implicaciones de este cambio de tendencia respecto a una historia tradicional basada en una mayor separación con el pasado. Un famoso informe sobre los estudios históricos, dirigido al ministro Victor Duruy en 1868, que marca el advenimiento de la historia crítica y científica, comenzaba señalando con orgullo que «el campo de la historia es el pasado, el presente pertenece a la política y el futuro a Dios». Pues bien, es el presente el que se ha convertido, en esencia, en el dominio de la historia y el que proyecta sus nuevos métodos a la interpretación de un pasado más lejano. Un presente que se escribe por y bajo la mirada de los actores, de los vivos, de los testigos, de las víctimas. Una historia que, a su vez, revitaliza la vieja rivalidad entre la memoria y la historia.

Tomemos un ejemplo apropiado a estos Encuentros: la guerra de Argelia, con la que comencé yo mismo mi vida como historiador. En aquel momento, Charles-André Julien y André Nouschi eran los únicos historiadores reconocidos que eran capaces de enfrentarse al puño de hierro de la historia colonial. En cambio, en veinte años Argelia se ha convertido en el ejemplo de lo que Benjamin Stora ha llamado «la guerra de las memorias».<sup>1</sup> De 1962 a 1982, en veinte años, fue capaz de contabilizar 2.500 testimonios (!), principalmente de militares, de nostálgicos de la Argelia desaparecida, de *pieds-noirs* maltratados: una memoria de víctimas y vencidos. En la década de 1980 ha habido un cambio de tendencia, bajo el impulso de los franceses comprometidos con la independencia durante la guerra: *porteurs de valises*<sup>2</sup> y activistas diversos que podemos encontrar en el colectivo *La Guerre d'Algérie*, de 1982, bajo la dirección de un hombre a su vez muy comprometido, Henri Alleg.<sup>3</sup>

La apertura de los archivos militares en 1992, cerrados posteriormente de nuevo, ha permitido el surgimiento de una nueva generación de investigadores, la primera en no haber estado personalmente comprometida con la guerra: la tesis de Raphaëlle Branche sobre *La Torture et l'Armé* y, la de Sylvie Thénault sobre la justicia militar.<sup>4</sup> Estas historiadoras han desencadenado todo un torrente de nuevas tomas de posición por parte de militares de alta graduación, como los generales Massu y Aussaresses.

Esto es solo el esbozo de una historia sobre la que Raphaëlle Branche ya ha hecho un inventario sistemático, como Jay Winter y Antoine Prost lo han realizado para la guerra del 14, Henry Rousso para Vichy o Laurent Douzou para la Resistencia.<sup>5</sup> Como si el historiador, al día siguiente de la batalla, se viera impulsado a ser testigo de los testigos.

En pocos años, la proliferación de testimonios y memorias en todas las áreas ha tenido un efecto multiplicador, incluso me atrevería a decir que «dinamizador», equivalente al que tuvo en el último tercio del siglo XIX el recurso a los archivos para la historia positivista. Han hecho aparecer *otra historia*, pero una historia fragmentada, rota, defensiva, afirmativa o acusadora, una historia que exige una orquestación periódica, colectiva a menudo, por parte de los historiadores profesionales. Es lo que, volviendo sobre Argelia, se hizo en 1988 con *La Guerre d'Algérie et les Français*, bajo la dirección de Jean-Pierre Rioux, y en 2004 con el trabajo colectivo de Mohammed Harbi y Benjamin Stora, dos excelentes profesionales, pero de los que no podemos decir que carezcan de compromisos personales ni pasados políticos.<sup>6</sup>

Es la propia relación del historiador, así como su compromiso, con su objeto de estudio lo que está cambiando por completo. Es sorprendente, continuando con el ejemplo del enorme *corpus* sobre Argelia, constatar que todos los historiadores que se han dedicado a este asunto, casi sin excepción, hayan sentido la necesidad, y así lo exponen por lo general en el prefacio, de exponer su «ego-historia», su «coming out» y su examen de conciencia para aclarar, confesar o conjurar la naturaleza de su compromiso con el tema, de acuerdo con su adscripción política e ideológica, sus filiaciones identitarias, étnicas o religiosas, su arraigo personal o familiar. «Escribir sobre tal asunto implica necesariamente una toma de posición política», escribe claramente Guy Pervillé, uno de los que más han hecho por desprenderse de ello.<sup>7</sup> Incluso Charles-Robert Ageron, a quien se consideraba de gran sensatez historiográfica dentro de ese torbellino, rechazó durante mucho tiempo adentrarse en la propia guerra, a pesar de ser un gran especialista de la Argelia colonial, y admitió que si se dedicaba a ello era porque había pasado algún tiempo allí.

Este desplazamiento o inversión del centro de gravedad de la historia ha provocado lo que el filósofo alemán Jürgen Habermas llama «el uso público de la historia»,<sup>8</sup> que Jacques Revel y François Hartog han traducido directamente como «uso político de la historia».<sup>9</sup> Por tal cosa ha de entenderse una exacerbación de las querellas entre historiadores, como aquel doloroso espectáculo en que se convirtió la mesa redonda organizada por *Libération* en mayo de 1997 sobre la detención de Jean Moulin en Caluire. Ha de entenderse asimismo como un progresivo aumento de las interferencias con la justicia, cuando los historiadores son convocados en condición de expertos, como en el proceso Papon. En esos casos, algunos sostienen que su deber cívico es prestarse a ello, como Jean-Noël Jeanneney, mientras otros piensan que su deber como historiadores es negarse a hacerlo, como Henry Rousso.<sup>10</sup> Este desplazamiento se traduce igualmente en la multiplicación de canales mediante los que se proporciona una experiencia de la historia: hipertrofia de los museos, desarrollo masivo del turismo histórico-cultural, uso y abuso de los documentales televisivos. Situémonos a principios de la década de los setenta; preguntémosnos qué contribuyó más a romper la versión

resistencia de la guerra que De Gaulle había conseguido imponer: *Le Chagrin et la Pitié* (1969), el asunto Touvier (1971) o *La France de Vichy* del historiador norteamericano Robert Paxton (1973)?<sup>11</sup>

Ha habido también una multiplicación de los «clientes» de la historia, distribuidores, consumidores y productores. Los periodistas fueron los primeros, aquellos de los que Camus decía que eran «los historiadores del presente» mientras los historiadores eran «los periodistas del pasado». Pero igualmente los testigos, especialmente las víctimas que llevan esta historia en su carne, en su sangre, en sus recuerdos, con el sentimiento –y esto es lo esencial– de que el calor de lo vivido proporciona una verdad a la que nunca se puede acceder mediante juicios hechos desde la distancia o con la frialdad de los documentos. Es precisamente la categoría misma de los testigos lo que se ha multiplicado en gran medida. Desde los actores individuales a los que forman parte de un colectivo, todas las minorías que han sido marginadas –las minorías sexuales o sociales, religiosas, provinciales o coloniales– y cuya emancipación pasa por la recuperación de su propia historia, por la afirmación de su identidad histórica mediante la preservación de su «memoria». Esta es la nueva y polivalente palabra para el pasado. «La era del testigo» que anunciaba Annette Wieviorka se ha convertido en lo que yo llamo «la era de la conmemoración».<sup>12</sup>

En el régimen tradicional de la historia, basada en la exploración del pasado y la exclusión del presente, el historiador disponía de una especie de monopolio sobre el pasado. El peso de lo contemporáneo le ha desposeído de esa autoridad. Y al mismo tiempo, el pasado ya no es un saber, ahora es lo que está en juego.

Esta sorda politización de la historia, insidiosa y diseminada, contrasta con el dispositivo tradicional que se había desplegado por toda Europa en el siglo XIX, el de una historia oficial nacional, estatal, basada en la autoridad de la ciencia. Historia nacional e historia científica marchaban al unísono, apoyándose y reforzándose una a otra, en una sólida y aparentemente indisociable simbiosis.

Aquí radica la paradoja de la llamada historia positivista, crítica y metódica. A la conquista de un método que finalmente consiguió ser científico, y a la definición de unos criterios definitivos para la disciplina que se han mantenido hasta nuestros días, se le unía una ideología política y nacional que parecía consustancial, pero que en realidad estaba profundamente influenciada por su tiempo: el tiempo de las nacionalidades, de la afirmación de las identidades nacionales y de los impulsos nacionalistas. Los positivistas creían conjurar los peligros de la política y el peso de las pasiones contemporáneas fundando la historia sobre un pasado que se podría estudiar con distancia y «objetividad». De hecho, constituían el pasado como una génesis interminable de un presente dominado, si no directamente por la agitación política, al menos sí por los imperativos nacionales. Por tanto, en el corazón de este tipo de historia estaba el «demonio de los orígenes» que denunciara Marc Bloch.<sup>13</sup> Así, esta historia científica que se desarrolló en Francia bajo la Tercera República se vio afectada por dos fuertes necesidades histórico-políticas que la en-

marcaron y la determinaron. Por un lado, la necesidad «republicana» de reconciliar la vieja y la nueva Francia para clausurar finalmente la Revolución y fortalecer los logros consolidados, lo que suponía identificar lo que había de bueno en el *Ancien Régime*, lo que condujo a la República, y lo que había de malo: una historia, así pues, culminada a lo grande. Por otra parte, la necesidad de un orden «nacional» tras la derrota de 1870 y en el espíritu de la Revancha: alcanzar a Alemania, dado que era su superioridad científica la que se suponía que había asegurado la victoria de Prusia en Sadowa y Sedán; para lograrlo, Francia tenía que definir su propia identidad como lo opuesto a la de la nación alemana.

Ambos componentes, científico y cívico-político, se hicieron inseparables en muchos aspectos. A menudo ambos adquirieron tintes caricaturescos: la dimensión científica se convirtió en una estéril enumeración de fechas y en una maraña de negociaciones políticas, militares y diplomáticas; la dimensión nacional puso a la historia al servicio de una mera propaganda patriótica, como durante la Primera Guerra Mundial. Pero ambas dimensiones, aunque las hayamos superado en gran medida, siempre han estado ahí, en el corazón de la actividad histórica.

Si queremos llegar al fondo de este tipo de la historia, al lugar donde se anuda la alianza entre historia y política, entre ciencia y nación, es en el archivo donde hemos de buscar. Es decir, en la vasta red de depósitos documentales que se constituyen por toda Europa en el siglo XIX y que, de arsenal de la autoridad pública, de instrumento de la autoridad política, se transforman en laboratorio de la historia nacional. Los archivos estatales, dada su composición y sedimentación, predisponen a la historia a convertirse ante todo, y durante mucho tiempo, en una historia del Estado y de los estadistas. En 1876, Gabriel Monod, uno de los fundadores, si no *el* fundador, de la escuela científico-positivista y uno de los primeros historiadores que se comprometieron a fondo en el caso Dreyfus en nombre de la justicia y la verdad, escribió su famoso editorial en el primer número de la *Revue historique*. Con el título de «Du progrès des études historiques», encontramos allí la carta fundacional de esta nueva historia, centrada en la exhumación de la tradición erudita y archivística, que va desde los precursores del siglo XVI, como Nicolas Vignier o Claude Fauchet, hasta la *Académie des inscriptions et belles lettres*, pasando por la historiografía real de Duchesne y Du Cange «a quien Luis XIV quiso confiar la dirección de una gran colección de los historiadores de Francia» [dice Monod]. Los que vinieron después lo remarcaron: Lavissee, por supuesto, que comienza así su discurso programático de 1881 ante los estudiantes reunidos por primera vez en la Sorbona: «El verdadero historiador es un filólogo», y cita como ejemplo los *Monumenta Historica Germaniae*, cuyo lema es «sanctus amor patriae dat animum». O Langlois y Seignobos, en la siguiente generación, cuya primera frase de su *Introducción a los Estudios Históricos* de 1898, la Biblia de la nueva historia, todavía recalca: «La historia se hace con documentos».<sup>14</sup>

No voy a insistir en el momento fundacional de lo que será el gran «relato nacional», hoy en día contestado. Solo quiero destacar que este tipo de historia

nacional se convirtió en el eje central en torno al que se ordenó el resto de la historia; y ello ocurrió en toda Europa, de la Alemania de Ranke y Mommsen a la Inglaterra de Namier, pasando por la Italia de Croce. La verdad universal del archivo sirve de base a la legitimidad de la historia nacional, sobre la que se encaja la historia de Europa y del mundo, a medida que su exploración y colonización lo hace caer en manos de Europa.

Me atrevo a decir que esta larga tradición de alianza entre historia científica e historia nacional queda paradójicamente confirmada en la escuela de los *Annales*, que se proclama como un movimiento de pulverización y descalificación de esta historia nacional, de su positivismo estrecho y de su pobreza política. Una historia que tuvo como punta de lanza el combate contra esta historia del acontecimiento, de la nación; todo el mundo recuerda, por ejemplo, la despiadada crítica de Lucien Febvre a la *Histoire sincère de la nation française* de Seignobos, que puede pasar con razón por ejemplo del «historiador nacional» situado entre la ciencia y la política. En Francia, el tipo de historia que representan los *Annales* ha sido la imagen misma de apertura al mundo, a las ciencias humanas, una historia purgada de las vicisitudes de la política y de las operaciones militares, que estaba consagrada a los individuos excepcionales. Querían acabar con la mera historia política y nacional, que simbolizaban en su combate contra la historia episódica (*histoire événementielle*). Ahora bien, como muestra Krzysztof Pomian en su artículo sobre «L'heure des Annales» en *Les Lieux de mémoire*, la preocupación nacional jamás ha abandonado a los historiadores de los *Annales*.<sup>15</sup> Y llegada la hora de la síntesis, el resultado es una historia nacional completamente renovada a través del recurso a las ciencias humanas. La prueba está en el extraordinario florilegio de las *historias nacionales*, cuya abundancia en los años ochenta no hace sino impresionarnos: desde los tres volúmenes de Georges Duby para Larousse a los seis de Jean Favier para Fayard, continuando con los seis tomos de Georges Duby, Emmanuel Le Roy Ladurie, François Furet y Maurice Agulhon para Hachette y los cuatro volúmenes de Jacques Revel y André Burguière para Seuil, por no hablar de las historias de Francia individuales de Pierre Chaunu, Pierre Goubert o Marc Ferro, todo ello coronado con *L'identité de la France* del propio Fernand Braudel.

Hay en esta permanencia algo que es característico de Francia. Tradicionalmente, se ha insistido en la *diversidad* de Francia, diversidad de países, de pueblos y de lenguas. Es la otra cara, visible y sensible, de la *unidad* tenazmente perseguida en la constitución temporal de la política y la historia. *Unidad* y *diversidad* son la pareja antitética y complementaria que parece marcar el modo general de aprehensión de la historia, algo que se consolidó precisamente a través de la síntesis histórica de la Tercera República. En cuanto toca a su fin, aparece como fundamental el principio de *división*. Francia, el más antiguo de los Estados-nación, es también el único que se construyó sobre un doble mito de origen, el de los francos y los galos. En mi opinión, la unidad orgánica de conjunto no se establece sobre la continuidad armónica de una historia y de un territorio, sino

sobre la conciencia de una identidad que se nutre continuamente de las fracturas y fuertes polarizaciones sobre las que se ha construido: divisiones políticas, religiosas, geohistóricas. El vínculo entre historia y nación está cimentado sobre esta tradición interna de divisiones: en el contexto de la alianza entre historia y política que marca la Europa del siglo XIX, la originalidad francesa descansa en dos rasgos que le pertenecen en exclusiva. Por un lado, el legado que representó esa primera forma de la historia nacional que se había constituido durante las guerras de religión, con *L'Histoire des Français* de Henri de la Popelinière y las *Recherches de la France* de Étienne Pasquier. Por otro lado, el impacto brutal de la Revolución, que fue lo que impulsó a la generación que nació en los albores del siglo y creció bajo el Imperio a convertirse en historiadores, con el fin de recuperar la vida y el sabor de un mundo que había naufragado y para explicarse a sí mismos el enorme misterio de la Revolución. Una generación de jóvenes que se embarcaron en la búsqueda del pasado para aclarar, apoyar y justificar sus opiniones y sus aspiraciones políticas, muchos de los cuales compaginaron en su vida la historia y la política. En su texto «Les lettres sur l'histoire de France d'Augustin Thierry», incluido en *Les lieux de mémoire*, Marcel Gauchet ha mostrado cómo es en este momento cuando la historia, en el sentido moderno de la palabra, se convierte en una historia gobernada por el signo de la nación.<sup>16</sup>

Desde hace aproximadamente una década, la cuestión colonial ha cambiado bruscamente la escala de las tensiones entre la historia y la política; ha situado en primer plano la politización interna de la historia. Esto se producía más o menos en el mismo momento en el que la historia colonial recibía un nuevo impulso con los problemas planteados por el advenimiento de una historia mundial.

Dos viejos debates han adquirido una renovada intensidad política. En un caso, con la realidad de la globalización económica y financiera. En el otro, con la ley Taubira de 2001, que declaraba como un crimen la esclavitud y la trata de esclavos en el Atlántico, seguida en 2003 del *Livre noir du colonialisme* dirigido por Marc Ferro y, especialmente, de la ley de 2005 sobre «la presencia positiva de Francia en Ultramar» y el debate sobre su artículo cuarto, que exigía a los profesores y a libros de texto defender este punto de vista, aunque fue finalmente retirado.<sup>17</sup>

En cierto sentido, la cuestión colonial es solo la última de las explosiones memoriales que se presentan a partir de los años ochenta y que afectan a todas las minorías, algo que sobre todo llega de la mano de la inmigración africana y antillana. Y lo que parece reclamar es lo mismo que demandaban quienes les precedieron, fueran judíos, obreros, feministas, corsos, etcétera... Catherine Coquery-Vidrovitch lo formula claramente al comienzo de su reciente libro sobre los *Enjeux politiques de l'histoire coloniale*: «¿Nuestra historia nacional debe incluir o no la historia de la colonización y de la esclavitud colonial francesa como parte de nuestro patrimonio histórico y cultura común?». <sup>18</sup> Así planteada, la pregunta admite poca discusión.

La pregunta va en realidad mucho más lejos, oponiendo a los que, por un lado, piensan que la parte colonial de nuestra historia tiene pocos efectos sobre las constantes de la identidad nacional y a los que, por otro, estiman necesario repensar el conjunto de la identidad nacional en términos poscoloniales, pues la identidad nacional revelaría quizá su verdadera naturaleza en la opresión colonial y en su negación. Se trataría no solo de inscribir la colonización en el registro general de la historia nacional, sino de reescribir esta historia nacional a la negra luz de la colonización. Bonaparte restableció la esclavitud en 1802 en Haití. Ahora bien, la esclavitud fue declarada como un crimen contra la humanidad. Así que Bonaparte es un criminal de lesa humanidad. Y ya que no puede responder por su crimen, los historiadores deben hacerlo en su lugar.

Por supuesto, la historia mundial y los estudios coloniales pertenecen a campos diferentes, aunque debemos hacernos las mismas preguntas sobre cómo escribirlos y sobre qué bases abordarlos. Sin embargo, si el tema de estos Encuentros, «L'Orient», permite agruparlos es porque la historia mundial (o «global», «comparativa», «conectada») conduce directamente a cuestionar el eurocentrismo, al igual que la historia colonial hace con la historia nacional. Y porque en ambos casos se establece un vínculo intrínseco tanto entre la *nación y historia* como entre Europa u *Occidente y la historia*.

Este cuestionamiento remite a un amplio espectro de corrientes de pensamiento. Inspirándome en el análisis que hace Krzysztof Pomian sobre las relaciones entre la «world history» y la historia universal, voy a tratar de identificarlas para mayor claridad pedagógica.<sup>19</sup> Consisten en:

- Decir que el auge de la modernidad occidental logró gracias a la explotación del resto del mundo: argumento básico del marxismo y el neomarxismo.
- Establecer un paralelismo entre desarrollo científico y dominación, entre el conocimiento o la fabricación ilusoria de formas de exotismo y el imperialismo. Este es el tema que Edward Said trata en su famosa obra *Orientalismo*, de 1978, un libro pionero de la crítica antioccidental que el mundo árabe ha malinterpretado, según señala el autor en un importante posfacio de 2003, como una defensa e ilustración sistemáticas del Islam y de los árabes.
- Rebajar las aportaciones de Occidente y su papel en la unificación del mundo, así como reconstruir la historia con el fin de eliminar la especificidad occidental. La demostración está entonces en afirmar que todas las innovaciones occidentales son invenciones hechas mucho antes y fuera de Europa: en China, en la India, en el mundo árabe, desde la numeración decimal y el cero a la imprenta de tipos móviles, desde la brújula a la pólvora. Llegando a desafiar la singularidad y la modernidad del capitalismo.

- Negarse a aceptar que la historia pueda pensarse a partir de las categorías de inteligibilidad emanadas de Occidente, en particular la de «civilización», sobre la cual descansa la obra de Toynbee o la tesis de Huntington.
- Denunciar la afirmación no solo del imperialismo político de Occidente, sino de su imperialismo *histórico*, pretendiendo demostrar cómo Europa ha impuesto el relato de su pasado al resto del mundo. Es lo que quiere demostrar, por ejemplo, Jack Goody en su reciente libro *El robo de la historia* sobre cómo ha sido entendida Asia.<sup>20</sup> Podemos medir la distancia de cincuenta años que separa esta posición extremista con el relativismo histórico de Lévi-Strauss en su famoso opúsculo de 1952 *Raza e historia*.<sup>21</sup>
- Rechazar el concepto mismo de *historia* en el sentido moderno, precisamente esa Historia con H mayúscula que se había impuesto como el estándar para determinar quién entraba o no en la historia y para medir a qué distancia de la Historia se hallaba tal o cual población lejana. Es un eco de ese argumento que, por ejemplo, provocó la reacción negativa de los africanos ante el discurso que Nicolas Sarkozy pronunció en Dakar en 2007, discurso que incorporaba enérgicas condenas del colonialismo pero que se refería al «retraso de los africanos en entrar en la Historia».<sup>22</sup>
- Rechazar, en fin, cualquier pensamiento de lo universal entendiendo que es una autoglorificación y autojustificación imperialista de la civilización que inventó y definió precisamente las formas de lo universal.

Hace apenas una generación, en el apogeo de la escuela de los *Annales*, Francia iluminaba el mundo entero. En este nuevo «espacio dedicado a la historia», como dijo Péguy,<sup>23</sup> con una dilatada tensión entre historia y política, parece que Francia, como ha señalado Jean-François Sirinelli en el opúsculo recién publicado *L'histoire est-elle encore française?*, se retira del primer plano de la escena internacional.<sup>24</sup> Si es verdad que esta escena está dominada hoy por la investigación de una historia del mundo, por la «world history», es evidente que son los americanos los que están a la vanguardia –tal vez porque, recordando que fueron los primeros en ser descolonizados, tienen buenas razones para identificarse con el rechazo del eurocentrismo. También está igualmente claro que si la adhesión a la historia nacional es la razón del retraso en cultivar la historia mundial, es Francia la que, de entre todos los países europeos, tiene más razones que lo justifiquen. Es inútil volver sobre ello.

Sin embargo, sobre esa dificultad para manejar sin nerviosismo su pasado colonial es sobre la que quisiera insistir para terminar. La pasión que la anima y los bloqueos que la paralizan me parece que tienen menos que ver con el resentimiento y la mala conciencia que con dos circunstancias históricas concretas.

La primera se debe probablemente al hecho de que, a diferencia por ejemplo de Inglaterra, la descolonización terminó en Francia con una guerra, la guerra de Argelia, que siguió a la de Indochina. Dos derrotas con el trasfondo de otra ante-

rior, la de 1940. El énfasis sobre Argelia tiene muchas dimensiones: de un lado, era una colonia y, de otro, tres departamentos franceses; de ahí que la guerra de Argelia adquiriera la apariencia de una guerra de secesión. Supuso para la metrópoli un cambio de régimen y de República, y el hombre que había vindicado a Francia de la catástrofe de 1940 fue quien arrió la bandera en Argelia. Por eso, las consecuencias de la derrota de Argelia están lejos de ser cosa del pasado como las consecuencias de la derrota de 1940.

La segunda razón es la actitud de la izquierda, vacilante y ambigua frente a la colonización.<sup>25</sup> La asociación retrospectiva entre izquierda y anticolonialismo es un tópico fabricado. Antes al contrario. No solo los partidos de izquierda se convirtieron tardíamente al anticolonialismo, sino que fue en nombre de la Ilustración, en nombre del ideal revolucionario jacobino, como tuvo lugar la expansión colonial. Una vez más, el ejemplo de Argelia resulta concluyente. Por naturaleza y por definición, el nacionalismo argelino tomó a contrapié a la izquierda francesa, que se centró en la defensa de los pequeños *pieds-noirs* de Bab El Oued;<sup>26</sup> de tal suerte que el lento desarrollo de la guerra de Argelia se debe, en parte, a la lenta y difícil conversión de la izquierda a la idea de la independencia argelina. La intensidad de la cuestión argelina afectó al conjunto de la cuestión colonial, y derivó en una crisis de conciencia rápidamente cerrada y mal digerida.

\*\*\*

En conclusión: el actual antagonismo afecta a la historia y a la política, donde el término «política» remite a la vez a memoria e ideología.

Esta pareja antinómica ha sustituido a los términos que sucesivamente han ocupado el primer plano de la disciplina histórica: erudición contra filosofía, ciencia frente a literatura, estructura contra acontecimiento, problema frente a relato. Sin embargo, el antagonismo entre historia y política va mucho más allá que el de sus predecesores, ya que no sólo afecta a la forma de hacer historia, sino al lugar y al papel de la historia en la vida ciudadana.

Este lugar y este papel se han convertido en algo problemático; marcado por una profunda contradicción.

Los propios fundamentos de la profesión han cambiado. El historiador ya no se inserta ni se deja llevar por una continuidad histórica de la que en tiempos fue depositario y garante. Ha perdido sus propias certidumbres y su magisterio. Sin embargo, como intérprete y como experto en la demanda social, como baluarte contra la presión política y pública, es más necesario que nunca.

Su papel se ha vuelto más difícil. ¿Por dónde pasa la frontera entre la ampliación de sus objetos y el abandono de los criterios tradicionales de la disciplina que le permiten desarrollarlos? ¿Dónde está la divisoria entre tener en cuenta a los portadores de la memoria, a los testigos, a las víctimas de la historia, y la

reconstitución de esta historia solo desde el punto de vista de los testigos y las víctimas? ¿Qué papel juega la historia nacional en una historia de Europa y del mundo? ¿Dónde está la frontera entre asumir las identidades singulares y el respeto a lo colectivo, y qué colectivo? Son preguntas que cada uno ha de responder a su manera, pero que todos deben plantearse.

Por supuesto, para un historiador no es posible abstraerse de sus determinaciones, romper los vínculos con su país, con su clase, con su religión, con su familia, con su partido, ni siquiera con su corporación. Pero nunca antes la situación le había exigido adoptar, como si de un antropólogo se tratara, tal distancia crítica frente a sí mismo y frente a su objeto, buscando una verdad que pertenece a todos, porque no pertenece a nadie. Persiguiendo un objetivo que no puede alcanzar, pero que siempre debe buscar, la conciencia de los límites y el análisis de las limitaciones son, aquí y en todas partes, la primera condición de la acción y de la libertad.

Traducción y notas de Anacleto Pons

## NOTAS

1. Benjamin STORA (Entretiens avec Thierry Leclère), *La guerre des mémoires*, París, Aube, 2007.
2. Activistas comprometidos con la causa independentista argelina que transportaban fondos y documentos para los miembros del FLN.
3. La obra, en tres volúmenes, fue publicada por Les Éditions de Minuit.
4. Raphaëlle BRANCHE, *La torture et l'armée pendant la guerre d'Algérie (1954-1962)*, París, Gallimard, 2001; Sylvie Thénault, *Une drôle de justice. Les Magistrats dans la Guerre d'Algérie*, París, La Découverte, 2001.
5. Antoine PROST y Jay WINTER, *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*, París, Seuil, 2003; Henry Rousso, *Vichy L'événement, la mémoire, l'histoire*, París, Gallimard, 2001, Laurent DOUZ, *La Résistance française: une histoire périlleuse*, París, Seuil, 2005.
6. Jean-Pierre RIOUX, *La Guerre d'Algérie et les Français*, París, Fayard, 1990; Mohammed Harbi y Benjamin Stora (dirs.), *La Guerre d'Algérie, 1954-2004, la fin de l'amnésie*, París, Robert Laffont, 2004.
7. Guy PERVILLE, «Quinze ans d'historiographie de la guerre d'Algérie (1962-1977)», *Annuaire de l'Afrique du Nord 1976*, Éditions du CNRS, 1978: <[http://guy.perville.free.fr/spip/article.php3?id\\_article=140](http://guy.perville.free.fr/spip/article.php3?id_article=140)>.
8. Es el título de uno de los capítulos de Jürgen Habermas, *La constelación posnacional*, Barcelona, Paidós, 2000.
9. Véase François HARTOG y Jacques REVEL (dirs.), *Les usages politiques du passé*, París, EHESS, 2001.
10. Ambas posiciones en: Denis SALAS y Jean-Paul JEAN (eds.), *Barbie, Touvier, Papon. Procès pour une mémoire collective*, París, Autrement, 2002.
11. *Le Chagrin et la Pitié*, documental que realizó Marcel Ophüls en 1969, en el que retrata la vida en Clermont-Ferrand entre 1940 y 1944. Paul Touvier, antiguo jefe de la milicia de Lyon condenado por colaboracionismo, indultado por Pompidou en 1972, aunque en 1994 sería condenado de nuevo por crímenes contra la humanidad; Robert PAXTON, *La France de Vichy: 1940-1944*, París, Seuil, 1973.

12. Annette WIEVIORKA, *L'ère du Témoin*, París, Hachette, 2002; Pierre NORA (dir.), *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1984-1993.
13. Marc BLOCH, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, FCE, 1996, p. 61.
14. *Introducción a los estudios históricos* (edición de FRANCISCO SEVILLANO CALERO), Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2003, p. 59.
15. Krzysztof POMIAN, «L'heure des Annales. La terre, les hommes, le monde», en P. Nora (dir.), *Les lieux de mémoire. II. La nation*, París, Gallimard, 1986, vol 1, pp. 377-429.
16. «Les lettres sur l'histoire de France d'Augustin Thierry. L'alliance austère du patriotisme et de la science», en P. NORA (dir.), *Les lieux de mémoire. II. La nation*, París, Gallimard, 1986, vol 1, pp. 247-316.
17. «Loi 2001-434 du 21 mai 2001 tendant à la reconnaissance de la traite et de l'esclavage en tant que crime contre l'humanité» y «Loi 2005-158 du 23 février 2005 portant reconnaissance de la Nation et contribution nationale en faveur des Français rapatriés». Asimismo: Marc FERRO, *El libro negro del colonialismo*, Madrid, La esfera de los libros, 2005.
18. Catherine COQUERY-VIDROVITCH, *Enjeux politiques de l'histoire coloniale*, Marsella, Editions Agone, 2009.
19. Es de suponer que Nora se refiere al texto de POMIAN «World History: histoire mondiale, histoire universelle», *Le Débat*, núm. 154 (2009), pp. 14-40.
20. Jack GOODY, *El robo de la historia*, Madrid, Akal, 2011.
21. Claude LÉVI-STRAUSS, *Raza y cultura*, Madrid, Cátedra, 1993.
22. Entre los muchos artículos y libros dedicados a este discurso, por ejemplo: Jean-Pierre CHRÉTIEN (dir.), *L'Afrique de Sarkozy. Un déni d'histoire*, París, Karthala, 2008.
23. Se refiere a los distintos textos que Charles PÉGUY tituló «De la situation faite à l'histoire ...», recogidos en sus *Œuvres en prose complètes*, París, Gallimard, 1987-1992.
24. Jean-François SIRINELLI, *L'Histoire est-elle encore française*, París, CNRS, 2011.
25. Por ejemplo: François MALYE y Benjamin STORA, *François Mitterrand et la guerre d'Algérie*, París, Calmann-Lévy, 2010.
26. El barrio popular «europeo» de la capital argelina.

.....

PIERRE NORA (París, 1931) es historiador y director de la revista *Le Débat*. Asimismo, es director de estudios de la École des Hautes Études en Sciences Sociales y ha desarrollado una amplia actividad en el campo editorial. Ha dirigido diversas colecciones de gran impacto en el campo de la historia y las ciencias sociales en la editorial Gallimard (Bibliothèque des Sciences Humaines, Bibliothèque des Histoires y Témoins). Es autor, entre otras, de obras tan significativas como *Faire de l'histoire* (dir., con Jacques Le Goff, 3 vols.), *Les Lieux de la mémoire* (dir., 3 vols.) y *Essais d'ego-histoire* (dir.).

El presente artículo es una versión reelaborada de su discurso de clausura pronunciado en los Encuentros sobre Historia («Rendez-Vous de l'Histoire») celebrados en Blois, 13-16 de octubre 2011. Se publicó en Eurozine, en francés y también en traducción inglesa. © Pierre Nora © Eurozine.